

LA ÚLTIMA CONFESIÓN

José Antonio Castro Cebrián



MAGNUM

Reservados todos los derechos. Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, ya sea eléctrico, químico, mecánico, óptico, de grabación o de fotocopia, sin la autorización escrita de los titulares de los derechos de la propiedad intelectual.

© 2009 José Antonio Castro Cebrián. Reservados todos los derechos.
© 2009 ViaMagna 2004 S.L. Editorial ViaMagna. Reservados todos los derechos.

Primera edición: Marzo 2009

ISBN: 978-84-92431-97-7

Depósito Legal: M-5368-2009

Impresión: Brosmac S.L.

Impreso en España / Printed in Spain

Editorial ViaMagna
Gran Vía de Carlos III, 84
Entresuelo 3ª
Barcelona 08028
www.editorialviamagna.com
email: editorial@editorialviamagna.com

I

Durante el camino de regreso a su casa, Gisela imaginó más de mil maneras distintas de anunciar a Josep que iban a tener un bebé. El sonido de sus pasos enmudecía los propios pensamientos que intentaba ordenar desde que supo la noticia. Sabía que con el tiempo las buenas nuevas dejaban de existir, como los latidos de un placer efímero en forma de bombón, donde una vez consumidos sólo perduraba el envoltorio ennegrecido y arrugado. Quería inmortalizar en su conciencia el momento mágico en el que Josep averiguase el motivo de sus vómitos. La luz de su cara, el resplandor de su sonrisa, la quietud de sus palabras, todo sería especial, aunque sabía que con el transcurso de los años cada uno de ellos lo recordaría de manera muy diferente.

Ella era una mujer quebradiza, muy delicada. Sus pupilas se suspendían entre la dulce caricia de dos brillantes gotas de agua y la inofensiva histeria de un iris verde y sórdido que se perdía en un frágil cristal de leche suave. El rostro de su inocencia no había perdido la madura ingenuidad de su perpetua adolescencia, en busca siempre del amor verdadero. Mientras veía atravesar delante de sus ojos la agonía de un mundo sin compasión ni ternura, una y otra vez, ella se alzaba en su imaginación como la estrella indiscutible de la memoria colectiva en las historias de amor. Le fascinaba compararse con heroínas del cine clásico como María, la pro-

JOSÉ ANTONIO CASTRO CEBRIÁN

tagonista de *¿Por quién doblan las campanas?*, le gustaba sentirse como la incauta virgen de prejuicios que se enamoraba perdidamente del inglés, del valiente antifascista norteamericano que buscaba la libertad. Era el tabú de su memoria, decía. Nadie podía impedirle ser tan sinceramente candorosa.

Ahora no estaba segura de cómo reaccionaría Josep ante la idea de ser padre. En cambio, cuando Gisela salió del ginecólogo lo tenía clarísimo: él sería el padre perfecto, un cielo de hombre, un pedacito de pan. ¿Por qué le estaba dando tantas vueltas a la misma cosa?, sabía con certeza que al final siempre hacía y pensaba y actuaba como ella quería. Ella era su amorcito, se lo decía diez veces al día. Le daría un gran beso en los labios y le diría: «Vas a ser la mamá más guapa del mundo», estaba segura.

Josep no regresaría hasta la mañana siguiente, así que no había motivos para volver pronto a casa. Decidió ir al Lunático, el pequeño antro de la calle Tetuán donde se sentía tan protegida. Allí estaba Maxi, el dueño, quien tan pronto la reconoció se apresuró a abordarle con preguntas:

—¿Y bien?

—¿Y bien qué?

—¿Estás embarazada? —preguntó.

—¿Y a ti que te parece? —contestó con una sonrisa que no pudo esconder.

Maxi saltó la barra de un brinco y la levantó en peso como si fuese aire.

—Esto hay que celebrarlo —gritó—. ¡Loli!, abre una botella del champán más caro que tengamos y tráete las copas del desván. ¡Gisela va a ser mamá!

—Aquí no hay champán —protestó Loli, apagada como siempre.

—Vaya mema que es la niña. No cambiará en la vida —sonrió Maxi—. ¡Ven! Vamos al *loft* y cuenta.

El *loft*, como le gustaba llamarlo a Maxi, era lo que quedaba de un pequeño desván anexo al *pub* que había reformado,

LA ÚLTIMA CONFESIÓN

reconvirtiéndolo en un cineclub. Lo tenía adornado como un gran museo del cine, había carteles de películas de todos los rincones del mundo. Desde *Casablanca* hasta *Pajaritos y Pajaracos* de Pasolini, desde *El nombre de la rosa* hasta *El Acorazado Potemkin* de Eisenstein. Colgaban del techo estalactitas de serpentinas y lámparas imposibles, faroles de barcos que —delirio que se obstinaba en hacer creer a todos aquellos que se prestaban a ello—, eran los mismos que existieron en el Titanic y fueron salvados del ahogamiento por un industrial vasco que los compró en una subasta a mediados del siglo XX, mariposas enormes de colores, e incluso butacas de un cine de verano que recogió en el rastro de la Ronda de Toledo.

El pub, en contraste a tanto embeleso y hechizo de colores, estaba ambientado en el Madrid castizo. Daba la bienvenida un bonito organillo blanco cubierto de un mantón de Manila de seda natural, con rosas bordadas a mano entre tonos verdes, rojos, y ocre, al estilo isabelino. Las paredes aparecían tapizadas de azulejos bañados de azul ocre, tiñendo fotografías del Madrid de finales del siglo XIX y principios del XX en los huecos que quedaban ubicados a tal efecto. Una larga barra de mármol cubierta de un grueso cristal con remates y adornos en madera muy costosa, y trajes típicos metidos en vitrinas hechas a tal efecto con un mapa xerografiado del argot madrileño rodeando cada uno de ellos, eran un claro reclamo a las ovaciones de los turistas que torpemente leían con acento mustio palabras como batos, beta, pasta, menda, macaco, vie-las, parpusa o pañosa.

—¿Se lo has dicho ya a Josep? —preguntó Maxi.

—¿Y cómo lo voy a hacer? Está en Barcelona con sus “nois”—respondió a modo de excusa—. En cuanto vuelva lo haré. No quiero decírselo por teléfono, ¿entiendes? No es algo que me preocupe demasiado... al menos eso creo...

—¡Huy, huy, huy! ¿De verdad no piensas en decírselo? Son muchos los años que te conozco y esa carita me dice que

JOSÉ ANTONIO CASTRO CEBRIÁN

mi niña tiene miedo a contárselo. ¿Por qué —le inquirió Maxi—, si tu bombón es un cielo, cariño?

—No es por miedo. Es que no sé cómo hacerlo. Él es muy sensible, ya lo conoces —a Gisela no se le escapaba la atracción que Josep causaba en Maxi.

—Pues por eso, cariño, le encantará. ¿Recuerdas cómo te miraba cuando lo conociste aquí en “mon paradis de l’amour”? —Maxi frunció la frente y se levantó de la butaca—. ¡El atractivo caballero del triste gin-tonic y la apagada doncella de la desconsolada historia! —Cada vez alzaba más la voz, excitado en su propia representación—. ¡Todo un melodrama de Shakespeare!

—¡Déjalo ya, insensato! —reía Gisela—. Necesito a un amigo, no a un payaso.

—¡Está bien! Haz lo que creas conveniente —volvió a sentarse en la butaca y puso cara de seductor—. Giselita mía, tú lo conoces mejor que nadie, pero tendrías que decírselo lo antes posible.

A quién quería engañar, hacía ya dos años que vivían juntos y lo único que sabía con certeza de Josep era que se sentía muy feliz junto a pilas de libros de matemáticas, que se cepillaba escrupulosamente cuatro veces los dientes todos los días, y que le encantaba el arroz con bacalao y los huevos estrellados. Nunca se había parado a pensar en ello pero, a Gisela le bastaba con saber que el amor lo había atrapado por azar cuando ella más lo necesitaba, le había devuelto la claridad más fresca a su vida y ahora podía saborear sin miedo la brisa del cariño y la compañía.

Cuando lo conoció estaba totalmente destrozada. Su novio, con el que se iba a casar, la dejó por una madurita divorciada que tenía mucho más dinero que ella. De Miguel era de esperar; siempre fue el típico engreído que se creía un casanova, un irresistible galán por el que todas las mujeres suspiraban y deseaban tener en su alcoba durante al menos toda una noche. No tenía ni profesión conocida ni beneficio. Gisela

LA ÚLTIMA CONFESIÓN

lo llamaba el eterno parásito. Gracias a Dios que aquellos momentos de estúpido encantamiento terminaron. Aquel año, el mismo día que sin explicación alguna la abandonó, se dirigió al Lunático; quería emborracharse hasta caer sin sentido por el suelo, necesitaba castigarse. Cuando llevaba más de tres vasos colmados de ron —demasiado alcohol ingerido teniendo en cuenta que ella jamás bebía—, se percató de que en un rincón del establecimiento estaba Maxi, con su porte de sodomita, acosando a un taciturno hombre de mediana edad, a un insignificante postín de tantos. Gisela no se lo pensó dos veces, tenía que contarle lo desgraciada que se sentía, y tenía que ser en aquel mismo instante. Se acercó a donde estaba su amigo y le agarró de la manga, con toda la dificultad que suponía el estar al otro lado de la barra. Literalmente se desplomó sobre los brazos del taciturno hombre de mediana edad, quedando inconsciente y tirando al suelo las copas de gin-tonic, las almendras, y al sorprendido Maxi con su pretendido. Al despertarse lo primero que vio fue la cara de su amigo con una gran sonrisa. Se le acercó al oído y entre silbidos le susurró: «Es un encanto, se llama Josep, ha estado aquí toda la noche interesándose por ti. ¡Y eso que le has hecho un gran chichón con el vaso! ¡Ah!, vía libre, no te preocupes por mí, no soy su tipo».

Josep le ayudó a superar la traición de Miguel. Pasearon casi todas las tardes, cenaron a la luz de las velas, se regalaron flores y corbatas, e hicieron el amor sin complejos. ¿Qué más podían pedir? Poco a poco lograron convertirse en grandes compañeros, en amantes perfectos, hasta que decidieron irse a vivir juntos a un pisito de la calle de la Aduana, con lo cual irremediabilmente se bautizaron como novios. De eso hacía ya algún tiempo.

Llevaba más de quince días programando el viaje a Barcelona. Habían elegido la Ciudad Condal por expreso deseo de él. Josep quería que sus alumnos disfrutaran de las maravillo-

JOSÉ ANTONIO CASTRO CEBRIÁN

sas geometrías de la arquitectura gaudiniana. Quería que sintieran la fascinación de la Casa Batlló tal y como él lo hacía, con su fachada cubierta de mosaicos de espléndidos colores, sus balcones figurando fragmentos de cráneos con las aberturas de los ojos y la nariz, la tribuna del primer piso y sus columnas aparentando huesos humanos, y las escamas del tejado recordando la espalda arqueada de un gran dragón que se escondía tras el sol. Últimamente estaba muy excitado, él se lo achacaba al final de curso y al estrés que le suponía estar todo el día enganchado al ordenador buscando hoteles, vuelos, autobuses o restaurantes. Era la primera vez, después de muchos años de docencia, que se encargaba personalmente de organizar un viaje de estudios. En un principio pensaron en Ibiza, eso supondría diversión asegurada para los trece chiquillos que lo acompañarían; pero al final, cuando todo estaba casi resuelto, con el hotel reservado y las actividades elegidas, Josep decidió comunicar en una reunión, en su tutoría con los alumnos, el nuevo destino:

—Buenos días. Les tengo que dar una noticia que a algunos les gustará y a otros no tanto. —El saludo quedaba demasiado frío en una clase tan alborotada. Todos se miraron entre sí, a la espera de cualquier cosa—. Este año no iremos a Ibiza. Las condiciones no eran las más idóneas y he adoptado la decisión de cambiar el viaje a otro lugar de igual interés turístico. —Un estrepitoso abucheo de esperar se escuchó por toda el aula. Su voz apenas era audible—. ¡Silencio! ¡No quiero volver a repetir que quiero silencio! ¡Silencio! —En la sala se hizo la calma—. Iremos a Barcelona.

Josep sabía que todo el consejo escolar se le echaría encima. Era inevitable verles estrujar con comentarios absurdos reproches y más reproches sobre los procedimientos incumplidos a la hora de modificar las actividades del centro. «¡Los estatutos están para algo!», diría la presidenta. Se colocó en su sillón, como si se tratase de un escaño del parlamento, y en la orden del día, en ruegos y preguntas, el coloquio empezó caliente, como casi siempre:

LA ÚLTIMA CONFESIÓN

—Señores, amigos y amigas, ¡me parece intolerable que en este centro las reglas algunos se las pasen por el forro! —arremetió Josefina, la directora—. ¡Aquí estamos para evaluar y aprobar la programación general de las actividades extraescolares, y no me parece muy normal que después de casi cuatro meses desde que se aprobó el viaje a Ibiza, ahora resulte que esa opción no es la más correcta! ¡Y no nos enteremos hasta que unos alumnos enloquecidos nos lo dicen!

—Josefina, dejemos que se explique Josep —era Rubén, el jefe de estudios, el que intentaba calmar los ánimos—. Seguro que tiene alguna buena razón para no habérselo dicho antes.

La sala de profesores, ya de por sí sombría, pareció volverse más oscura; todos tenían su mirada puesta en Josep, esperando las explicaciones.

—Siento que estéis tan cabreados conmigo, pero les aseguro que no es culpa solo mía —le pareció estúpido el preámbulo a su justificación, pero no se le ocurría nada mejor—. Llevo muchos años de enseñanza a mis espaldas —se levantó—, y me he dado cuenta de que a veces es necesario tomar determinadas decisiones en el ámbito profesional para truncar otras que no fueron las más idóneas —volvió a sentarse—, como la de aprobarse en su momento en esta misma sala el viaje a Ibiza, otro año más.

—¡Esto es inaudito! —exclamó la presidenta—. ¡Ahora resulta que la culpa de todo la tenemos nosotros!

—Yo no he dicho eso; lo único que digo es que pienso que es mucho más enriquecedor para los alumnos un viaje a Barcelona, visitando el Park Güell, la Sagrada Familia o la Casa Vicenç, que hacerlo a Ibiza, a sus ya conocidas discotecas o playas del sexo —se defendió a la tremenda Josep—. Recuerda, Josefina, que me diste carta blanca para cambiar de parecer sobre el viaje de Ibiza.

—¡Pero no a tres semanas de fin de curso! —se quitó las gafas y se secó la frente con un pañuelo—. Mira, Josep, e

JOSÉ ANTONIO CASTRO CEBRIÁN

imagino que hablo en nombre de todos —se levantó y se dirigió hacia una de las pocas ventanas—. Creo que en realidad tu cambio de actitud respecto a no ir a Ibiza es, cuanto menos, extraña. Espero que sepas lo que estás haciendo, pero —hizo el amago de encender un cigarrillo—, las cosas no se hacen así.

Atrás quedó la acrobacia estoica de las reuniones y las juntas, de los vaivenes entre lo fino y lo cortés, entre lo legítimo y lo discutible. Un autobús y un vuelo chárter a Barcelona confirmaron que el olvido siempre impera sobre el rencor.

Se habían hospedado en un hotel de la cadena Husa Hoteles muy cerca del famoso Teatro del Liceo y del barrio gótico, en plena Rambla de Barcelona. De los siete días de excursión, el miércoles era día libre, podrían hacer lo que quisieran; contando con que hasta el viernes por la mañana no cogerían el avión para Madrid, tenían tiempo más que suficiente para recuperarse de una posible borrachera. Josep empezó el día con un paseo matutino a pie desde el hotel, de unos diez minutos, hasta el Port Vell, el antiguo puerto de Barcelona. Llamó desde una heladería del Maremàgnum a Rubén, el único profesor que accedió a acompañarlo a Barcelona, y quedó con él para almorzar en el Botafumeiro sobre las dos de la tarde. Tendría que coger un taxi si quería llegar a tiempo para hacerse con una buena mesa.

Degustaron unos cogollos de Tudela con cebolla y atún, y salpicón de bogavante y marisco como entrantes, una mariscada especial a la plancha como primer plato, unos rollitos de lenguado con langostinos y un mero a la plancha con escalibada como segundo, y de postre dos trozos de tarta especial de la casa, todo ello regado con un gran vino de Ribera del Duero, un Arzuaga crianza.

—¡Vaya comilona! —bostezó Rubén—. Ahora lo que más apetece es una buena siesta, ¿no crees?

—Pues sí, tienes razón —Josep sacó de su cartera la tarjeta de crédito y la puso encima de la mesa—. Esta la pago yo, es lo menos que puedo hacer después de que me defendieras delante de todos los buitres del consejo escolar.

LA ÚLTIMA CONFESIÓN

—¡De eso nada! —replicó—. En ningún momento te defendí. Solamente apoyé tu decisión porque me parecía lo mejor para los chavales —Rubén iba vestido con unos pantalones de lino y una camisa estampada muy a la moda de los años sesenta; parecía una postal *hippie* con sus gafitas de sol tan ridículamente pequeñas, al estilo John Lennon—. Además, no pienses que yo no rajé de ti en la sala de profesores —bajó la voz hasta hacerla casi imperceptible—. No soy ningún santo como piensan todos.

—Eso ya lo sé —decía entre risotadas Josep—; si no, que se lo digan a la pobre Sonia.

—Eso ha sido un golpe bajo —sentenció Rubén.

Salieron del restaurante y los dos se encaminaron hacia el hotel. Hacía un calor sofocante, no gozaban ni de una pizca de brisa y aún así la ciudad estaba impregnada del olor característico del puerto.

—¿Qué harás esta tarde? —preguntó Rubén.

—¿Me estas proponiendo una cita? —bromeó Josep—. Soy un hombre comprometido con una preciosa mujer —carraspeó y señaló con el dedo a una parada de taxi—. Iré a ver a unos amigos a Esplugues de Llobregat —corrieron hacia uno que acababa de llegar—. Son amigos de cuando la mili.

—¿On aneu? —preguntó la chica de enormes ojos azules que conducía el taxi.

—Anem a prop de les Rambles, a l'alçada del Teatre del Liceu —contestó en perfecto catalán Josep.

—Molt bé. Allà Anem!

—¿Todavía tienes amigos de cuando la mili? —retornó a indagar Rubén—. Nunca me habías dicho que hicieras la mili.

—Es verdad —Josep se quedó pensando un segundo—. Ten en cuenta, amigo, que nunca se termina de conocer a las personas que te rodean —volvió a resoplar—. Yo me quedo aquí —se apeó arrimándose a la ventanilla—. Al taxi invitas tú.

JOSÉ ANTONIO CASTRO CEBRIÁN

Gisela llegó al piso casi a las doce de la noche. Había cenado frugalmente con Maxi en el pub, una ensalada de pasta con atún y tomate. Pensaba que llevaba demasiado tiempo cuidándose como para, cerca ya de cumplir los treinta, descuidar ahora su alimentación. Se duchó otra vez con agua fría —el calentador estaba sin bombona—, se puso el batín verde de Josep, cogió del frigorífico una botella pequeña de agua, le dio un sorbo y se dispuso a fregar el suelo. Al día siguiente volvería su enamorado de Barcelona y quería tener la casa perfecta, deslumbrante. Había comprado para el pequeño salón unas estanterías de acero muy prácticas, colocadas encima y a lo largo del aparador de chapa de madera jaspeada de color negro. Eran para él, para que colocara sus libros sin tener que amontonarlos debajo del sofá. Sería una sorpresa. Estaba limpiando las estanterías y pensando en todo ello cuando el sonido estridente del teléfono fijo la asustó e hizo que se le derramara parte del agua con detergente sobre el *beige* sillón de billa pana.

—¿Quién es? —preguntó impaciente.

—Perdona que te moleste a estas horas, Gisela, pero estoy intentando localizarte durante toda la tarde y parte de esta noche, desde que saliste de la redacción. Tenías el móvil apagado —era Lucía Sonsoles, la jefa de redacción e información de El Mañanero, el periódico donde trabajaba—. ¿Te has enterado de lo de la comisaría de Arganzuela?

—No, no tengo ni idea, ¿qué ha pasado? —aunque tenía el teléfono entre el hombro y la oreja izquierda, frotaba enérgicamente con un paño el sillón, intentando secar la mancha.

—Nadie sabe los detalles con certeza, pero parece ser que un sacerdote entró en la comisaría y montó un pollo tremendo.

—¿No sería un pollo de la hostia? —bromeó.

—Me parece bien que estés de tan buen humor, porque lo que voy a decirte a mí no me haría ni puñetera gracia —la voz cortante de Lucía hizo que Gisela se pusiera en guardia—. El cura antes de hacerse él mismo un corte en la

LA ÚLTIMA CONFESIÓN

lengua con un cuchillo y caer al suelo desangrándose, ha dicho que la única persona con la cual quiere relacionarse y contarle sus historietas es con la señorita Gisela Checa, de *El Mañanero*; o sea con usted y con nadie más —las últimas palabras las pronunció con claro sarcasmo.

—¿Cómo?, ¿será una broma? —el cubo con el detergente se le volvió a caer, al igual que el teléfono que recogió del suelo.

—Sí, por supuesto. ¡Es que a mí me encanta bromear a la una y media de la madrugada, despertar a mis redactoras, inventarme una historia y colgar el teléfono! —se hizo el silencio—. Abre tu correo electrónico y léete el escrito que nos ha mandado la Policía; dicen que es confidencial, que no lo podemos publicar. Quieren saber si te conoce de algo, o simplemente te ha elegido al azar. Aquí hay una historia, guapa —odiaba que la llamara así—, y tenemos que sacarle punta.

—¿Y de qué es el escrito? —preguntó mientras ponía en marcha el portátil.

—Es una especie de carta que estaba dentro de un sobre en su pantalón con el número romano I y tu nombre en el destinatario. También te mando un fichero adjunto con los datos que la Policía tiene de él... o sea, una foto y poco más.

—Todo esto es muy raro.

—Puede parecerlo pero, guapa, mañana antes de las siete de la mañana te quiero en la oficina. Ya discutiremos entonces de las rarezas de la vida. ¡Ah!, se me olvidaba —protestó Lucía—, la próxima vez no apagues el móvil, ¿de acuerdo?

—De acuerdo.

Los pareceres siempre son solemnes y raros pero profundamente frondosos y útiles para despertar la curiosidad de las distintas ánimas, hasta el punto de enjuiciar nuestras propias vidas. Gisela se llevó el portátil a la cama y abrió su correo electrónico. Empezó a leer la carta, pero la noche y la soñera pronto la derrumbaron junto a la almohada, prisionera del cansancio. Mañana sería otro día.

JOSÉ ANTONIO CASTRO CEBRIÁN

A la escucha de mi confesora:

No todas las noches son iguales, ni tan siquiera aquellas que la luna viste con su arrogante monotonía. Es en la espesura de la nostalgia cuando, en esas torcidas dormidas, más acecha a las débiles almas el ingrato malestar de la soledad, que no duerme en ninguna parte, sin refugio ni huida. No hace falta que el dolor corte la sangre con el hedor de una muerte, ni que el pesar de la conciencia haga caer del cielo la más inútil de las clemencias; no hace falta sentir el fuego apagar la hombría de los vivos, ni esperar la esperanza sentado con las manos juntas y la mirada fija al alba. Todo se reduce a la desgana, al apetito que tenga el día de hacerse oscuro, al pasar de tantas historias, todas iguales de diferentes. El llanto nunca apetece de ser triste, siempre salva al corazón de una cura imposible, siempre lo arrastra a la razón primera, aquella que aprendió a no dejar que sean los demás los que juzguen sus propias intenciones, aquella que aprendió a no ser valiente.

Mi dicha es la desdicha de la ventura, robusta en su trama e irreal en su cierta realidad. Nada se pierde en el tiempo sin que los dolores se multipliquen en mi condena. Mi condena, la del tiempo.

Hace ya tantos ratos que pasó por mis huesos la fe, que ahora solo perduran caricias y amor roto. Ahora la piel ha ennegrecido y se ha vuelto fuerte y seria, sin huecos que dejen a mis risas respirar. No he nacido libre, nací muerto, como mi muerte, como mi destino.

Las noches dejan de ser iguales desde el momento en que una mirada roba a la luz de las estrellas el rostro de otra mirada, desde el momento en que un joven deja de tener sus sueños en el ocaso del amanecer, desde el instante en que un momento se fuga con las prisas de la imaginación, en busca del suspiro de cualquier amante.

Cuando callan los grillos, en el descanso que el verde les da, parece como si el vacío enterrase penas en mi pecho,

LA ÚLTIMA CONFESIÓN

para que así, después, en aletarga eternidad, olvide lo liviano del día, lo importante, lo sabido.

Todos perdemos la cordura cuando, con su estruendo escondido, el silencio arrebató a la vida el poco hábito de Dios que queda en nuestras entrañas. El odio y el amor son circunstancias que nacen del Dios que guardamos en el alma. Hay veces que germinan tan dentro de él que cuando queremos diferenciarlos no podemos sino obrar con el llanto que la indiferencia ofrece. Tan bueno es ser bueno como malo no serlo con uno mismo. Tan necesario es calmar el fuego de la ira con el desprecio de la verdad, como sentirse despreciado por una mentira, falaz e hipócrita.

Mis años cumplen sentencia del diablo por ser cuerpo del desprecio. Fue pueril durante tantas emociones que no siente más que recuerdos teñidos de abandono y gemidos esparcidos en el viento. Un solo segundo basta para perdonar todas las culpas y disculpas que la memoria se inventa en un arrebató de locura, imaginándose el más puro de los pecadores, ese que nunca existe y siempre vuelve.

Mis noches son, desde siempre, siempre iguales. Yo no lo sabía, pero sus brazos helados me acunan en un mar de nubes algodonadas, con ángeles y diablillos besándose en un charco de lujuria. Cuando de pequeño observaba la luna y la veía blanca y enorme, nunca llegué a pensar que sus enormes ojos me mirarían con el acecho de la enfermedad, pronto riéndose, pronto callando. La oscura planicie de la oscuridad siempre estuvo allí, ocultando las vergüenzas del Edén, con su toda serpiente mordiendo mil manzanas. ¡Qué ironía!, toda vez que rezaba había una misma respuesta, otra carencia; otro susurro que me hartaba de consuelos. Las miradas de los que no miran parecen advertirme que los lunáticos nunca se esconden detrás de la puerta, que mañana será otro día, que podré vestirme otra vez de flores desmaquilladas en polvo y barro. Mañana. Solo un ayer se repite en la canción que tocan los que me hacen sufrir, el ayer que pasará mañana por la

*mañana por mi balcón, por mi luna, por mi sol, por mi noche,
por mis sueños, por mí.*

*Es demasiado tarde, ya han cantado demasiadas veces
la misma canción, con el mismo sonido, una y otra vez, sin
parar, sin piedad. Mañana será demasiado tarde.*

Fdo. Eduardo.